

Leña verde

LUIS BERENGUER

Leña verde



1.^a edición en Algaida Editores: marzo, 2009

© Herederos de Luis Berenguer, 1972, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-165-7

Depósito legal: M-8702-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Luis Álvarez Piñer y Alfonso Grosso.

NOTA DEL EDITOR: para esta edición se ha considerado oportuno conservar los usos de puntuación y cuestiones de tipografía de la primera edición revisada por el autor.

PRIMERO

GENEALOGÍAS

I

EL MOTOR ACELERADO POR LAS ÚLTIMAS RAMPAS DEL Puerto Alelí, la curva espiral sobre la cumbre atravesando la nube baja, perenne, pegajosa, antes de iniciar el descenso, seis kilómetros de meandros carreteros, entre jaras y basaltos, al filo del abismo que muere en las marismas desecadas, la barandilla quitamiedos, blanca y roja, tierras negras avenadas, árboles niños de la repoblación escorados a poniente por la costumbre del viento, vacas de vela grande color ocre navegando en las olas del paisaje.

Después cambia la luz intimando la lejanía amoratada, verde vejiga y naranja, de la sierra, el incendio del sol encima del embalse, dorando el horizonte que se sale del cielo en busca de la mar.

El taxista dice que siempre que vengo aquí me parece que ando fuera del mundo, como si no se pudiera estar más lejos.

No hay que aguardar contestación del viajero, la ropa rota y mala, ¿iba a tener dinero para pagar?, le advierto que son mil ochocientas, ni preguntar, hombre, cómo viaja usted sin equipaje, una maleta al menos.

El valle del Donaire invade los pulmones. Le aconsejó que subiera los cristales antes de llegar a la casita del caminero. Mucha humedad ahí arriba.

—¿Conoce usted esta parte?

Los anuncios al borde de la carretera contando el mundo nuevo de las cosas: líneas aéreas, *rooms for rent*, acumuladores, beba Pepsi-Cola, ¿estuvo antes aquí?

La mirada al espejo retrovisor, ¿dijo que sí con la cabeza?

—Con esto del turismo es increíble lo que han hecho aquí.

El monte de Caganío cortado como un queso de bola en su cuarto menguante, fíjese, de esa cantera sacaron piedra para la presa. La cuchillada vertical en la carne caliza, desnudando la tierra.

—Millones se han gastado aquí.

Armaduras metálicas de purpurina dando perspectiva a la distancia, las catenarias suaves del tendido eléctrico, los aisladores de porcelana como racimos colgados del cielo.

—Está todo cambiado.

Cambiado, sí. Tras la loma, el marjal ya desecado donde crece el sorgo. Ni castañuelas ni aneas, ni tiradas de patos con botas de agua hasta la cintura, la bandada de flamencos poniendo rosa el lubricán. El gesto de un tractor labrando la laguna, donde antaño quedaba agua podrida en el estiaje, sanguijuelas. Era distinto, sí.

—Al principio lo tomé por extranjero. Me decía: «¿No es este señor uno de éstos que trabajan en el cine?», vamos, que lo pensé...

Los álamos de plata anunciando el río, el eco familiar de las motillas, carrascas y lentiscos, los fresnos y acebuches marcando la capacidad de la laguna ahíta para aguardar el paso de los alcaravanes y chorlitos en la dor-

mida, los sisones en los rastrojos de garbanzos. Cambian las cosas pero el campo sigue.

—¿Decía usted algo?

Aunque fuera mucho preguntar, hombre, que le hacía el efecto, no sabía por qué, que conocía el terreno palmo a palmo.

—¿Usted de dónde es?

—Nací por aquí cerca.

El puente, el mazo de chumberas a lado y lado de la colada, antes de empezar la cuesta, la fuente de la Virgen, olor a gusarapo y a bosta de borrico, agua gorda, cada cosa en su sitio como un dolor antiguo que todavía sangra por las adelfas rojas.

—Vaya despacio. Entraremos por una vereda a la izquierda, después de los eucaliptos, en la curva que hay ahí.

Gamones blanqueando la ladera, los eucaliptos, en muñón, cortados al filo de la comarcal, el capricho de la leña fingiendo una cabeza de vaca. La vereda ya no existe: dos becerras detrás de una alambrada.

—¿No será más arriba?

—Era aquí.

—Al bajar del Puerto, se veía la pista terriza que sube al embalse, pero debe salir del mismo pueblo.

La calzada romana hasta el puente del Alarido. «La vereda estaba allí, en aquel tractorado». La Gruta de la Noche con sus pinturas prehistóricas ahumadas por los gitanos, con el cartel de anuncio en la carretera «Cuevas Prehistóricas», el horario de las misas.

—¿Seguimos para arriba?

—¿Y qué vamos a hacer si no?

—No va a conocer el pueblo, ya verá.

La sorpresa de ver surgir el caserío sobre la loma, la aguja de San Blas, las ruinas del castillo, la muralla vieja

sofocada en el diente de león, el bloqueo detonante de viviendas nuevas, de cuatro plantas. «No girar a la izquierda», en el letrero.

La gasolinera de Sansegundo, tan nueva como el día del estreno, tan monótona, la visera de hormigón en voladizo sobre los surtidores rojos, tan rojos como siempre.

Ahora, un tramo de pista de doble dirección, con luminarias anodizadas de luz-mezcla, los bulbos opalinos, casitas con jardín.

—¿No le decía?

El letrero demodé de la bañista: «Piscina municipal».

—Hasta piscina, claro. Pues aguarde a ver lo que edificaron en la playa. Rascacielos y todo. En verano, las tías en bikini. Se pone esto de miedo.

Grupo escolar de nueva planta, tapando la fuente decimonónica de los angelotes con angurria, bajo la muralla bástulo-fenicia, después romana, después mora, después cristiana, «*pero nunca francesa, vecinos del Donaire, ni cuando Napoleón nos volara el baluarte, ni cuando don Fermín Salvochea nos vino a predicar sermones laicos y anarquistas en los Cantonales*», la plazuela del Gallo, con su monumento a la veleta.

—Lo viejo sigue viejo, claro; pero, al precio de los solares, terminarán por hacerlo todo nuevo. Si tiene usted lugar, vaya a la playa, total son tres kilómetros y vale la pena ver aquella parte, ¿la conocía usted antes? ...«*cuan-do Dios hizo los cielos y la tierra, el Donaire era ya de los Carvajal, heredado de sus abuelos y de Omar Ben Hafsum, rey árabe y cristiano que jugó contra Domecq y perdió por seis a cero*»...

—Era una cochina aldea pero, se pone algo de moda y, como el mundo está loco, fíjese la que se arma.

El taxi sobre la pista recién asfaltada, maquinaria y bidones marginados, la apisonadora abandonada: «Peligro, obras».

Después la Travesía cuesta arriba, losas de Tarifa enmarcadas con gramón en las aceras, acacias floribundas, naranjitos, cinamomos, encorsetados en jaulones de ripias con letrero: «Cuida los árboles, cuida tu pueblo».

«(...) *subió Alfonso Onceno a caballo hasta la antigua puerta de la Villa, muy noble y muy leal, Audallas y Alfarries, Garcisánchez de Vargas, Carvajales, derribadores de toros y doncellas, hasta la calle del romance, el Arroyo Verde, donde empinaron sus caballos los mejores jinetes de la frontera...*».

Las ruinas del serrallo en la altura, anunciando el trasbarrio con techitos peludos de anea.

«(...) *El moro Gazul, rival de Abenzaide y en el amor vencido, que cambió las plumas de su cimera, que le regalara Azarque, por las de un pavo capón, en ataque de celos, bajo el signo de Capricornio...*».

Semáforo en la esquina de la plaza. Prohibido aparcar. Escaparates de confecciones. *On parle français. English Spoken. Night club.*

Los soportales de los montañeses que bajaron con Pedro el Cruel, recordando la lluvia bajo el sol de fuego, sin trabajos de pleita, sin cuartos de vaca ensangrentando los sillares, sin redes, ni cortinas de canutillo para evitar las moscas.

Hay naranjos en flor en el centro repolludo de la plaza, paso de cebrá, luminosos, *stop*, sentido de giro, y un borrico lánguido cargado de rodrigones.

—Tome a la izquierda, para bajar a la corchera.

«Dirección prohibida».

—¿A la corchera, dice? Voy a preguntarle al guardia.

El viajero arrugándose en su asiento, contrariado, déjese de preguntar, hombre, y tome para abajo.

—¿El camino de la corchera, por favor?

El viajero aplastándose en su asiento, tapándose la cara. El municipal saludando, aires de tentetioso, el casco blanco, entorpeciendo la circulación, los peatones voceando «¿pasamos o no, Bermejo?».

Pero ¡anda!, si es Bermejo todavía, qué gordo está Bermejo, metiendo toda la jeta en los cristales, «¿a la corchera?», tenían que retroceder por donde habían venido, no tenía pérdida. Como estaban en obras, a la entrada del pueblo, tenían que rodear, «¿sabe por dónde?» donde pone «Cementerio católico», intentando curiosear al viajero. ¿Pero, no es Juan Antonio?

Bermejo boquiabierto, con el pito en la boca.

—¿Lo ha conocido a usted, verdad?

—Me confundiría con alguien.

Del paredón de los Carvajales, falta la mitad, entre andamios y hormigoneras. El viejo muro donde tanto orinaban los niños que salían de la escuelita del beaterio, su puerta blasonada de los virreyes de México, medallones erosionados por los siglos, 1635, y la leyenda bronce: «Con razón y sin ella». El hueco que falta del palacio, lo ocupa un edificio de balconadas corridas, cinco plantas, jardineras negro mate y florido vegetal.

«(...) don Juan Nepomuceno Carvajal y Cabeza de Vaca, señorío del Donaire, de los Carvajal Velázquez, reconoció a Felipe V a su advenimiento al trono... mandando el San Sebastián, septiembre 1710, tomó una fragata ibicenca y una fragatilla de moros remolcada por un baxel. Segundo Juan Nepomuceno Carvajal, el Tuerto, que mandó los bergantines Flecha y Volador, la corbeta Diligencia, y la fragata Tetis, traje de Francia la moda de los vestidos escotados para las damas con grave escándalo de la costumbre pues se muestran en cueros y los galanes pueden llegarles con las manos debajo de las tetas y otras licencias... murió de incordio...»

Quinto Juan Nepomuceno Carvajal, enmendó la carta francesa de Bellín, en Alaska, a bordo de la Sonora, maravilló a los indios haida haciendo aguas, pues era muy sobrado y, de pura admiración, le cortaron lo que a Urano y aún tuvo coraje para regresar a Perú, muriendo, manco de ese dedo, como un santo...».

Desandando el camino por la Travesía, calle de los Reberos, el Pimiento, callejón de los Palos, Marisabia, costanilla del Dedo, el Agraviado, Dolores, la casona de las Pérez de Rigó Carreño y la Barrigatrapo con los cierros recién pintados, la reja floriponda de la puerta dejando ver el patio de mármol y la gloria de las aspidistras y palmeras enanas, «(...) *muy Garcisánchez de Vargas, con su balcón barroco en el primer piso, desde donde abuelito Salvador arengó a las huestes, armadas de horcas y bieldos, contra el general Latour-Maubourg, al grito de la patria es la mala leche que te entra al ver un extranjero*». Oficina de Turismo. *On parle français.*

Ya bordeando el pueblo, sobre el talud de la pista terriza, se adivina la arcada del puente del Alarido, el aire familiar y eterno, olor a muladar, cacareo de gallinas, perros turcos de pelo como borra, blancos y violetas. El parque, arriba, saliendo de la piedra, la balaustrada de ladrillo, encalada. El ventorrillo de Maspués, mísero como siempre, con la modernidad del «Beba Fanta» en la metopa, al frente del sombrajo, «Meriendas» al frente, «No se fía», al frente, los montones de la corchera. Después, las tunas de Panseco.

—Pare aquí.

El taxista doliéndose del camino, «oiga, aquí no se puede entrar en coche», aparece la pista del embalse como un tobogán hasta las compuertas de la quinta. La casa allí, con su tejado verde, pura pastelería. El talud amarillo, como un río amarillo, como un cabello rubio de

mujer, flotando sobre el terciopelo morado del Donaire, primero descendiendo y, luego, trepando hacia la sierra donde brillan las aguas del embalse.

Que eran mil ochocientas, ya lo sabe, y el hombre, sin mirarme siquiera, se entró tras el vallado, allí charlando con una mujer. Le dije: «En estos caminos, si se pone el sol, me voy a dejar los amortiguadores». Me paga y me voy. Pero él, ni caso. Perdiendo el tiempo allí. Me dice que no tenía dinero y la mujer, encima, empieza a gruñir y a decirme que fuera no sé dónde a cobrar, ¿se puede eso aguantar?, que si era no sé quién el dueño de este pueblo, dijo, o poco menos. Vestido como un guardacoches, para darle una limosna. Le digo: «Me paga y se acabó». Que iba a buscar dinero. «Usted no se va de aquí, ¡pues estaría bueno!», se solivianta, encima. La mujer se va al ventorrillo que hay allí y se trae un caballo. «Que ni se le ocurra montarse ahí, se viene usted conmigo a la guardia civil y que ellos aclaren esto».

El taxista le dice al sargento de los civiles que el municipal que estaba en la plaza debió conocerlo, ¿el guardia?, gordo, con mofletes. El sargento le dice al guardia Ocón que vaya usted y pregunte, pero no hace falta, que del círculo vienen Bermejo, Chele Díaz y don Eugenio.

—No digan más tonterías ¿cómo iba a ser Juan Antonio?

Según don Eugenio no estaba ni en el mundo, ¿cómo iba a venir?, pero Chele Díaz le paga al taxista, por si acaso.

—Usted lo va a perder, que lo que es el Carvajal no va a devolverle ni una gorda.

El taxista le dice a Chele Díaz que el hombre tenía el pelo blanco. Natural. ¡Si lo llega a saber el taxista, no se pone con semejante tipo de viaje!, ya le dio mala espina

su forma de presentarse, ¡anda!, se dijo, lo mismo trabaja en el cine porque tenía empaque, ni joven, ni viejo.

—¿Retira la denuncia?

A él ¿qué le importaba?, «allá usted con él», que me huele a mí que con esos carotas, no hay quien cobre. Aunque había perdido allí dos horas. Y gracias. No hay de qué.

—Oiga, y ese tipo ¿quién es, para armar tanto revuelo?

—Algo así como un fantasma.

El taxista prestó declaración, una formalidad, ¿lo trajo de Sevilla?: no habló ni una palabra hasta llegar al Puerto Alelí. Discutían los guardias con los civiles, que no era Juan Antonio, que no podía ser. ¿Y usted por qué ha pagado, Chele?

El sargento aburrido:

—Ocón, se llega usted al ventorrillo de Maspués y pregunte quién llegó en el taxi. Señores, buenas noches.

II

ESTABA ALLÍ NORBERTA, DETRÁS DEL VALLADO, MIRANDO al taxi, mirando al hombre, con el gesto aburrido y las manos ocupadas en picar cebolla, debajo del sombrero. Se acercaba por el machón, alto, delgado, el pelo blanco.

—¡Dios mío! ¿pero es usted?

Secándose las manos en las caderas, ¿será posible? El taxista detrás, levantando la mano, no quería saber nada, ¿lo llevaba a un descampado para decirle que no tenía dinero? Una palabra más y no le pago. ¿Se iba a engallar encima?

El gesto de hecatombe de Norberta, ¿qué ocurría, señorito?, tentándole el brazo, ¿por qué venía así vestido?, ¿un accidente? El taxista, aturdido.